

Bibliografía

SABIDURIA PRIMITIVA DE LOS ITALIANOS

por *Juan Bautista Vico*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Filosofía. Buenos Aires, 1939.

El Instituto de Filosofía de Buenos Aires viene cumpliendo una entrañable labor de divulgación filosófica digna de los más ilustres parabienses. Eminentemente introductores, educados en el profesorado, casi siempre especialistas en cada autor, hacen la selección de las obras y dirigen los estudios.

En esta labor ha correspondido el turno a VICO el gran filósofo italiano del siglo XVIII cuya obra minuciosamente estudiada por el profesor don Jacinto J. Cuccaro aparece exhumada de un olvido ya secular.

A Vico le ha tocado el peor destino histórico: pensar en épocas de transición, y esto explica en parte el silencio que en torno a su personalidad se ha venido haciendo. Mas no así en el campo filosófico en donde resplandece como uno de los espíritus más inquietos y fundamentales para la comprensión de la filosofía contemporánea. Al fluir otra vez sobre el área de los tiempos nuevos los grandes temas de la filosofía de Vico su figura se destaca en el desolado positivismo de su época como admonición y advertencia.

"Sabiduría Primitiva de los italianos"

ha sido la obra escogida, seguramente porque como lo advierte el mismo filósofo, allí estudia las opiniones de los sabios italianos antiguos "sobre la verdad primera, la Divinidad Suprema y el Alma Humana".

Vico acomete este estudio sirviéndose de los orígenes del idioma, porque, según él, "son tan sabios los de gran cantidad de palabras, que no parecen provenir del uso vulgar sino de alguna recóndita sabiduría". Es realmente curiosa la observación de Vico, porque según las ciencias predominantes en una época, el vulgo extrae de ellas no sólo lo sustantivo necesario para determinar los objetos que componen su diario entendimiento con los semejantes, sino hasta las figuras y símiles de más recóndito significado. Al regresar a sus orígenes, estas palabras llegan a hacerse sustantivos renovando así por aluviones sucesivos la vitalidad de una lengua. Vico cita el caso de los antiguos en quienes predominan expresiones como "horror al vacío" "repulsiones y atracciones de la naturaleza" cuando influían acentuadamente las opiniones de Galeno y Aristóteles. Y, cómo en cambio prevalecen en el Renacimiento, del que Vico es filial, cuando se especializan las ciencias físicas y van separándose de la Teología y la Metafísica, los términos que aluden a la circulación sanguínea, las fermentaciones, las coagulaciones etc. En la época contemporánea basta ver la Sociología, aún depurada

ya de las manías zoológicas de Spencer, con su insistencia en los vocablos de mayor contenido biológico y antropogeográfico, ciencias especializadas.

Rastreado sobre esos orígenes llega Vico a afirmar el linaje altísimo del latín, ya que sus locuciones chispeantes de sugerencias no podían únicamente ser oriundas del pueblo romano, agricultor y guerrero, sino de las poblaciones más cultas que existieron en la península antes que Eneas plantase allí sus banderas fugitivas. Los etruscos y los jonios, herederos de la sabiduría antigua, fueron entonces por su ubicación filológica, los que sembraron en el Lacio aquel dorado idiomático, porque de sus memorias fluye en gran parte la riqueza de aquel vocabulario, no tanto por el uso de la palabra distinta que designa cada cosa, sino por la profunda lógica y analogía que ellas arrastran. Así *Verum* y *Factum*, usadas indistintamente, le hacen deducir a Vico que, según ellos, en Dios está la primera verdad por cuanto es el *hecho* Supremo, el hacedor de todo. No sabemos hasta dónde influyan en Vico para estas deducciones, que también podrían ser otras, las doctrinas cristianas que él profesa. Pero sin ahincar demasiado en sus magníficas observaciones sobre lo *hecho* y lo *generado* para distinguir entre lo verdadero creado que es convertible con lo hecho, y lo verdadero increado que es convertible con lo generado, encontramos una poderosa fuerza deductiva.

Para encontrar el origen y verdad de las ciencias, analiza el filósofo todas las premisas que ha elaborado a través de sus consideraciones etimológicas. Conclusiones muy importantes son las del objeto de las ciencias, distinto en Dios y en el hombre, porque Dios define las cosas de acuerdo con la verdad y el hombre de acuerdo con los hombres. De ahí que para él la ciencia más exacta sea la Teología. La ciencia humana procede por divisiones, abstrayendo de los objetos todas sus cualidades físicas y quedándose

únicamente con la esencialidad, con lo metafísico. De ahí que la metafísica sea la encargada de darle temarios a todas las ciencias.

Allí aparece una de las más geniales anticipaciones de Vico, porque al analizar el método de Descartes esboza ya lo que hoy, después de que el Cartesiano ha sido escrutado en sus aplicaciones seculares, se le está rechazando y eludiendo en la reacción Idealista de la época. Vico crece entonces en la claridad con que plantea los problemas de la filosofía contemporánea, detenida especialmente en el ser, y abastece de principios particularmente a los intuicionistas como Bergson. El *vivir entendido*, es para él la fuente más clara del conocimiento y la que determina la precisión de ese conocimiento, llamando a la fantasía a desempeñar luminoso papel en tal proceso, con analogías muy grandes al método del ilustre filósofo francés.

No hemos querido detener el comentario sobre esta publicación en los temas posteriores, las facultades, los sentidos, etc, que son consecuencia de los primeros temas. Pero no resistimos el deseo de que la obra de Vico sea publicada íntegra en sucesivas entregas. Particularmente anheláramos una extensión a la obra, hoy ignorada, "Principios de una nueva ciencia de la naturaleza común de los pueblos" en donde aparece el Vico fundador de la Filosofía de la Historia en los tiempos modernos. No cabe duda de que él surtió muchos de los atisbos de Voltaire en tal sentido.

Inmensa labor de divulgación sería esta de la Universidad Argentina, pues, creemos, con ser tan vasta la obra metafísica de Vico que lo empalma con Platón y San Agustín en la antigüedad pagana y cristiana, es en la Psicología y la Filosofía de la Historia donde aparece más concretamente el hombre de la modernidad, buceando desde su cátedra napolitana lo que son hoy los temas centrales de la Filosofía.

Abel Naranjo VILLEGAS

TRATADO DE LOGICA

Por *Félix Henao Botero*—Tip. Be-
dout, Medellín, 1940.

El menosprecio por los estudios filosóficos tiene a veces excepciones en el país. Son pocos los talentos que se dedican con entusiasmo y vocación a esta investigación, la más elevada y excelente del espíritu humano; encontramos una explicación exacta de este hecho en que las inteligencias nuevas son de escasas preocupaciones espirituales.

La carencia de una visión profunda del universo y de la vida se traduce siempre en el menosprecio por los ideales del espíritu; las ciencias particulares no encuentran oportunidad para reflexionar sobre el valor de sus principios fundamentales en los cuales descansa la eficacia de sus investigaciones.

El tratado de Lógica que publica el Pbro. Dr. Félix Henao Botero, ilustre profesor de la Universidad Católica Bolivariana, aspira a crear devoción e interés por las disciplinas filosóficas. Este deseo magnífico del distinguido levita, logrado con éxito, va a satisfacer la urgencia de un texto de esta índole en las universidades del país y despertará entusiasmo por la reflexión sobre los hondos interrogantes que plantean al espíritu humano el universo y la vida.

Inicia su exposición con interesantes conceptos sobre la importancia y utilidad de la filosofía, en que demuestra la urgencia de dar una noción precisa de su verdadero sentido. En realidad la fijación de conceptos exactos, si reviste gran importancia para las ciencias particulares, es mucho mayor cuando se trata de precisar el alcance de las disciplinas filosóficas; por eso desconocemos el carácter filosófico que se atribuyen muchas escuelas, el positivismo entre ellas, cuyos representantes eluden la reflexión sobre las causas, las esencias y los primeros principios. En la obra del Dr. Henao Botero se determinan con precisión

los fines que persigue la investigación filosófica.

La comprensión clara de los problemas de la Lógica, la vasta ilustración, la preocupación intensa por desentrañar su verdadero sentido se advierte en la iniciación de la obra, cuya lectura atenta proporcionará al estudiante la formación de conceptos muy claros sobre la división de la materia; se estudian los errores de Kant y de Stuart Mill, quienes pretendieron reducir toda la lógica a la formal, queriendo con ello asentar sobre bases firmes sus creencias formalistas. Se puede afirmar que el logicismo, de tantos alcances en Filosofía del Derecho para la determinación de la esencia de lo jurídico, encuentra desde ahora una refutación suficiente.

De la idea y del término, del juicio y la proposición, el raciocinio y silogismo son temas admirablemente tratados en varios capítulos y con los cuales se completa el estudio de la dialéctica; de un modo sencillo y en estilo claro se proporciona a los estudiosos una completa exposición de los temas de esta primera parte de la Lógica.

Con esfuerzo inteligente se propone el autor un análisis intenso sobre los métodos de investigación científica y llaman la atención sus consideraciones sobre la inducción; combate la creencia de que el método inductivo haya sido una creación exclusiva de la escuela positiva y demuestra, de un modo elocuente, que Aristóteles, Alberto Magno y Santo Tomás estudiaron el alcance y verdadero sentido de la inducción científica. Muy laudables son las consideraciones del Dr. Henao Botero cuando combate los abusos de este método, tan propagado en el mundo científico; es indudable que fuera de la Escuela la metódica inductiva carece de fundamentación filosófica; de allí los abusos del materialismo y de otras escuelas, las que, con el propósito de reivindicar la inducción para sus representantes, negaron la validez de los primeros principios que hacen de ella un ver-

dadero método de investigación científica. Si el valor lógico de la inducción descansa en claros principios que la razón humana conoce: "La naturaleza es regida por leyes —Las mismas causas producen los mismos efectos— Las causas obran de una manera uniforme" y, en último término, como lo sostiene el autor, en el principio de razón suficiente, no tienen significación las consideraciones de Tomás Reid, Stuart Mill y Claudio Bernard.

Admirablemente expuesta se encuentra la crítica trascendental de Kant. Espacio y Tiempo, formas puras de la sensibilidad, primeros medios de elaboración de las percepciones sensibles; de las categorías de la inteligencia en las que se hace posible la formación de juicios sintéticos a priori, únicos elementos según Kant para el conocimiento científico; de la razón en donde se revela claramente el agnosticismo de la doctrina de Kant, al limitar el conocimiento al mundo sensible. En este capítulo de la obra se hace un análisis completo de los temas más salientes del pensamiento del filósofo alemán, con una refutación inteligente de sus errores capitales.

En realidad, si el Neo-kantismo ha querido tomar fuerza en la época actual, hastiada de positivismo, hasta constituir un refugio de destacadas figuras del pensamiento moderno, cede, no obstante, ante el avance de la filosofía católica como único sistema de interpretación del universo; Billot, Maritain, Mercier, altos exponentes del Tomismo, han demostrado que los principios de la Escuela son los únicos capaces de asegurar la orientación del pensamiento moderno.

Quien penetre en el contenido de las exposiciones posteriores sobre los universales, estados de la mente respecto de la verdad, la evidencia como criterio último, de los criterios particulares, se convencerá una vez más que el Dr. Henao Botero ha llevado a cabo una obra excelente. Estos temas de la Criteriología, difíciles e intrincados, los estudia y expone el

doctísimo levita de un modo eficiente y con criterio severo impugna los errores de las tendencias contrarias a la Escuela; se exponen tales doctrinas de un modo tan fiel que quienes temperamentalmente estén inclinados al error, se verán obligados a nuevas y prolongadas reflexiones.

No ha querido el Dr. Henao Botero finalizar su tratado de Lógica sin presentar al lector dos interesantes posiciones modernas respecto de la Lógica: Edmundo Husserl y Enrique Bergson, eximios representantes del pensamiento moderno, de grandes proximidades al pensamiento de la Escuela. Husserl, Teodoro Celms, impulsores de la corriente Fenomenológica y Enrique Bergson, han emprendido con éxito una lucha vigorosa y tenaz contra el empirismo. El autor los expone en forma breve pero suficiente para dar una idea de los rasgos fundamentales de estas tendencias: la ciencia eidética o aprehensión inmediata de la esencia de los fenómenos, independiente de toda experiencia, pensamiento capital de Husserl, y el intuicionismo bergsoniano sin juicios, sin conceptos, sin símbolos, sin inducción ni deducción. Concluye el autor que las aberraciones de tan excelentes filósofos tienen su causa en errores nominalistas o mala comprensión del problema de los universales.

Una lectura atenta de la obra del Dr. Henao Botero proporcionará al lector principios seguros para orientar sus actividades mentales; es indudable que la Lógica procura al espíritu humano elementos indispensables para la investigación de la verdad en cualquier campo científico. Sin exagerar podríamos afirmar que el caos en el mundo obedece a la desviación del pensamiento y la conducta de los sanos principios de la Filosofía católica. En la actualidad se piensa sin lógica y se obra sin moral.

Enrique Giraldo Zuluaga.

CIUDADANIA Y NATURALIZACION

Instituto Argentino de Estudios Legislativos.—Federación Argentina de Colegios de Abogados—*Buenos Aires*—Imp. del Congreso Nacional—1938.

Es la República Argentina uno de los pocos Estados latino-americanos que aprovechando la experiencia de los viejos países ha organizado un verdadero cuerpo colegislador, formado por la Federación de Colegios de Abogados y cuyas funciones son propiamente las de *Cuerpo Técnico Proyectador de la Ley*, que coadyuva en la tarea del legislador haciendo contribuir a la ciencia y a la experiencia por la voz autorizada de los especialistas en las respectivas materias, a diferencia de lo que ocurre entre nosotros, donde se improvisa sobre las más arduas cuestiones jurídicas, o se legisla de prestado, por falta de una organización como ésta.

Los proyectos legislativos del Instituto Argentino de Estudios Legislativos constituido por la expresada Federación de Colegios de Abogados, publica los proyectos de ley que elabora junto con los comentarios, ideas o estudios de los especialistas y este es el carácter del libro que motiva la presente nota bibliográfica.

En primer término aparece el proyecto de Ley elaborado por el Instituto sobre *Ciudadanía y Naturalización* que contiene 48 artículos y a continuación un Comentario comparativo con la legislación existente en varios países, especialmente en las naciones indolatinas, en forma ordenada y metódica, con separación de las diferentes materias relacionadas con la ciudadanía, la nacionalidad y su pérdida, la naturalización etc.

Este trabajo supone un notable esfuerzo no solamente por lo que contiene de doctrina, sino por la erudición que revela en quienes tuvieron que consultar las leyes constitucionales o Códigos de 13 naciones. Conviene advertir sin embargo que probablemente por falta de una información reciente, siempre difícil entre paí-

ses que carecen de comunicaciones directas, los datos referentes a Colombia pertenecen a una época desaparecida.

El proyecto contiene por una parte la separación entre ciudadanía y nacionalidad que aunque no es nueva entre nosotros, pues desde la Constitución de 1886 está establecida, puede considerarse como asunto novísimo en el campo jurídico, y por otra la intervención judicial para el otorgamiento de la naturalización, sistema original del proyecto y cuyas ventajas no podemos menos que ponderar. En el Capítulo VIII del Libro se hallan expuestas estas ventajas que recomendamos especialmente a los estudiosos y a los legisladores.

Alfredo Cock A.

CHILE: SU TIERRA Y SU GENTE

Por *Jorge M. McBride*. Traducción de Guillermo Laharca H., Prensas de la Universidad de Chile, 1938.

De las prensas de la Universidad de Chile ha salido esta obra sobre el problema agrícola de la nación austral. Para adentrarse en la estructura social chilena, este libro es ruta segura.

Chile carece de unidad topográfica; el país está separado en tres regiones totalmente diferenciadas y con características opuestas.

La primera está constituida por el Valle Central, porción densamente poblada y extensamente cultivada. Desde la colonia hasta hoy, en esta parte de Chile se ha ubicado toda la economía nacional; desde la primitiva encomienda hasta la hacienda actual esta preponderancia no ha menguado; hablar de Chile agricolamente es hablar invariablemente de la Zona Central. Toda consideración respecto a Chile desde el punto de vista histórico, de la geografía humana o de sus problemas vitales se refiere especialmente a esta parte nuclear de la nación.

Dividida en haciendas, tipo específico de la agricultura chilena, la Zona Central ha influido definitivamente en toda la vida nacional. Dos clases claramente perfiladas se ubican en esta porción chilena; iguales por su formación racial se diferencian totalmente por su posición social y su capacidad económica. Arriba en el plano poderoso, el patrón que organiza la hacienda con mano hábil, crea el latifundio con seguridad y pertinacia e interviene siempre en la dirección política del Estado. Abajo, el "roto", asalariado de la hacienda, sin perspectivas, preocupado únicamente por el cotidiano afán. Estas dos clases se diversifican únicamente frente a la tierra; ella determina la calidad social del hombre: la desigualdad está en poseerla. Esta elemental y nada compleja estructura económica es el punto crucial de todas las posibles relaciones entre las gentes chilenas. Y en mayor o menor escala es el mismo sistema de toda nuestra América latina; naciones las nuestras eminentemente agrícolas, sin complicaciones industriales de algún alcance, era lógico que su organización social se polarizase frente a la tierra. Si algo diversifica nuestros países es la mayor o menor intensidad en la parcelación de las tierras laborables. México y Chile venían a la zaga en este noble empeño de hacer terratenientes a todos los nacionales. Ello explica la cruenta revolución mexicana y la constante inquietud de la nación austral. Porque Chile hasta hace pocos años era "un país del nuevo mundo con la organización social de la vieja España, una comunidad del siglo XX con una organización feudal; una república basada en la igualdad de sus ciudadanos con una aristocracia de sangre azul y una clase servil absolutamente separadas, a semejanza de cualquiera de las monarquías europeas".

Sólo estas dos clases hallan precisa definición en nuestras naciones. No tenemos una clase media en el más amplio sentido; carecemos de esa estructura in-

termedia que tanto ha dado que hacer en Europa. Lo que ahora se ha pretendido denominar clase media en este continente no es más que esa escasa porción de gente provinciana robada a sus labores campesinas por el engañoso bienestar de nuestras embrionarias ciudades. Es una creación artificial, no por ello menos peligrosa, forjada por nuestro industrialismo nimio. Su carencia de autonomía está precisamente en ese desarraigo cruel que la hace oscilar sin certeza entre el burgués y el campesino.

El Doctor McBride sintetiza el papel trascendente de la Hacienda chilena en la vida nacional: "Quien quiera que estudie la situación de Chile lo advierte en el acto y no escapa por cierto al visitante extranjero, que anota al punto cuán dominante es la estructura peculiar del sistema agrario. Mientras que en otros países se requiere un cuidadoso análisis para determinar el papel que desempeña cada factor de la organización social, en Chile es patente, hasta para el observador superficial, que la hacienda ha afectado profundamente la vida social, económica y política del pueblo, con una influencia continua en el tiempo y en el espacio. Desde los tempranos días españoles, a través de tres siglos de historia colonial y de cien años de vida independiente, su marca es notoria en la existencia nacional y aunque los tiempos presentes la hayan debilitado, aún no tiene rival, sobre todo en la zona central, donde la hacienda típica ha adquirido un desarrollo completo. El círculo social al que alguien pertenece, depende principalmente de los lazos que lo unen a la clase de los terratenientes; el mismo factor determina tanto las oportunidades económicas, como el sitio que ocupa en el campo político. Para comprender a Chile es indispensable conocer la hacienda, no sólo en su predominio del sistema agrícola, sino en la facultad que ha ejercido para trazar los rasgos de la historia del país y hacer de Chile lo que ha sido y lo que es".

Chile Austral es la segunda Zona del país. Para los chilenos esta ha sido una tierra prohibida desde los remotos tiempos en que los bravos araucanos hicieron de esas selvas australes la frontera de la patria. Los extranjeros han colonizado estas tierras con bravura y constancia. Y es esto precisamente lo que hace que sea tan poco interesante para Chile, ya que su rendimiento económico queda en otras manos. Las dificultades de la distancia, el clima, el relieve, los bosques y los *malones* araucanos, han hecho el abandono de aquellas tierras por parte de los chilenos.

La tercera zona o sea el Norte poco o nada tiene qué ofrecer para la solución del problema agrario. Esta región abarca uno de los países más desamparados de la tierra. Con una población inestable no existe producción en forma. Apenas sí las salitreras y las minas, hoy en franco descenso, ocupan una porción humana que se va reemplazando lentamente, azotada por múltiples endemias.

El Doctor McBride escribió esta obra con profunda devoción. Una anterior obra sobre la agricultura mexicana y otra sobre la boliviana, igual que múltiples observaciones sobre otros problemas agrarios del continente americano lo hacen idóneo para este trabajo que llegó al fondo mismo de la cuestión chilena. La traducción de Labarca es impecable y con su publicación la Universidad de Chile ha entregado al continente un estudio completo sobre un problema vital que pertenece a los americanos.

Gabriel Henao Mejía

SOBRE LA VIDA Y EL SER

(A propósito del libro de Angel Vassallo, *Elogio de la Vigilia*. Edit. Losada —Biblioteca Filosófica— Buenos Aires, 1939).

Este solo título es ya, dentro de la preocupación filosófica, un interesante signo del tiempo. Indica de una vez

que las cuestiones acerca del ser han venido a situarse nuevamente en primer plano. Y si ello no quiere decir ni mucho menos que las otras cuestiones queden relegadas a un lugar de poca preferencia, si quiere significar que la atención de algunos pensadores actuales se vuelve a dirigir a esta clase de problemas. Sería interesante aunque inútil por ahora en una nota de corta extensión, hacer un recuento de las alternativas que ha sufrido la cuestión acerca del ser a lo largo de la investigación filosófica de todos los tiempos. Especialmente en lo que se refiere a su primacía con relación a otras cuestiones, por ejemplo a la cuestión gnoseológica.

Partiendo desde donde se acostumbra, a pesar de autorizadas rectificaciones, como la escuela de Roethe en Alemania, a iniciar el movimiento filosófico universal, encontraríamos que la especulación occidental en sus comienzos no hace otra cosa que entenderse con el problema del ser. Por lo tanto, existe allí durante varios siglos un interés cada día más creciente por la cuestión ontológica, y una completa calma en lo que se refiere a los problemas del valor gnoseológico. Así van las cosas hasta mucho después de la aparición de Sócrates. Si es cierto que un poco antes de este gran descubridor de la razón se habían multiplicado los problemas, no lo es menos que ello se refiere a los problemas que más ligados estaban a los asuntos públicos, a la vida del hombre en cuanto ciudadano que debía ser educado para la vida pública en general. El "conócete a tí mismo" de Sócrates, quiere decir, en última instancia, que cada cual debe ser un ciudadano capaz. Era toda su ética un imperativo de eficacia pública. Por eso el problema gnoseológico no aparece todavía con Sócrates, a pesar de que ya en su época pierde pres-

tigio la cuestión ontológica. Recuérdese que es Demócrito el último filósofo preocupado con el problema del ser. Y ya en su tiempo creo que fue él quien exclamó alguna vez, para dar idea del poco interés que existía en Atenas por estas cuestiones: "yo estaba en Atenas y nadie me conocía".

Lo mismo acontecerá con Platón. Es un hecho que en la obra de Platón encontramos tocado el problema gnoseológico. Basta recordar su teoría del saber, donde asimila el conocer a un recordar. Pero no se olvide nunca que Platón se encuentra ahora más que antes buscando el ser. La teoría platónica del ser, de las ideas, es primero. El problema del conocimiento se toca aquí porque contribuye a la cuestión del ser en general. Pero a Platón no le preocupaba primariamente lo otro. lo del problema epistemológico.

Posteriormente, con la aparición de San Agustín, que es, según Heimsoeth, el filósofo antiguo más cercano a la modernidad, surge una inquietud por el problema gnoseológico, inquietud que se va a acentuar en la mente de Kant. Fiénsese en que fué San Agustín un predecesor de Descartes en la duda metódica, que no es sino la manera de hallar un fundamento inquebrantable a la seguridad del conocimiento. Aunque muy levemente todavía, San Agustín no deja de atender al hecho del conocimiento al razonar en la misma forma en que lo iba a hacer más tarde el pensador francés. Y sin embargo de todos estos antecedentes, al problema gnoseológico se acostumbra a darle interés a partir de Kant. Si bien se ve, hay razones poderosas para ello.

Sea como fuere, ello es que desde hace años presenciamos una intensificación del interés por las cuestiones ontológicas, volviendo en este sentido a los tiempos presocráticos. No quiere decir esto que los problemas del valor epistemológico hayan decaído. Nada de eso.

Es suficiente prueba de lo contrario el hecho de que uno de los prestigios más sólidos de la filosofía alemana, Nicolai Hartmann, se haya detenido en su solución. Con Hartmann se indagaban estos problemas desde el punto de vista fenomenológico por primera vez en su historia. Y además, no deje de tenerse en cuenta la aparición del realismo crítico, una de las tendencias que mejor han afrontado el presente problema, y cuyo grupo de filósofos bastaría para darnos una idea de lo que él significa dentro de esta disciplina filosófica. Pero también es cierto lo otro.

Cada día ve el lector de filosofía que salen a la publicidad más obras en que se trata el problema del ser. Si se nos pide un caso bien significativo, podemos señalar a Martín Heidegger, el pensador que atrae más la atención en la actualidad en Alemania. Con decir esto nos referimos a los filósofos vivos, pues no nos atrevemos a situarlo en este sentido por sobre un Edmundo Husserl, por ejemplo, que murió hace apenas dos años. Sin embargo, suele afirmarse que Heidegger, a pesar de lo difícil de su obra, logró conquistar en menor tiempo un número más extenso de lectores que Husserl y que Scheler.

La peculiaridad de Heidegger reside, fuera de otros muchos aspectos, en que ejercita un retrotramiento nunca ejercitado antes de él. Consiste en venir del ser en total al ser especial, que es la existencia del sujeto. Porque hay una interrogación por el ser. Se busca, en suma, el sentido del ser. Pero antes que el ser en total está el ser del que interroga. Del que interroga por el ser en total. Así viene toda filosofía general, toda ontología, a constituirse en una ontología existencial. El propio Heidegger lo dice textualmente: "Alle Bemuehungen der existenzialen Analytik gelten dem einen Ziel, eine Moeglichke-

it der Beantwortung der Frage nach dem Sinn von Sein ueberhaupt zu finden" (Véase "La ontología fundamental de Heidegger", de A. Wagner de Reyna, libro de inexcusable lectura para acercarse a Heidegger y de donde hemos tomado esta cita).

Lo primero es, pues, el sujeto que existe y que interroga. Luégo el ente. Pero no se olvide que en la investigación ontológica siempre hay una primacía del ser en total sobre el ser existencial. No contraría esta primacía el que se erija la ontología de la existencia como fundamento, porque ello es sólo desde un punto de vista metodológico. De todos modos, las cuestiones acerca de la vida y del ser logran en Heidegger una plenitud que no había sido lograda con anterioridad a él

Acaba de salir a la publicidad un libro que es una contribución al presente problema. Es el libro de Angel Vasallo, "Elogio de la Vigilia", que está, podemos decir, bajo la advocación de Blondel. Por lo menos en el ensayo que más de cerca toca la cuestión del ser. El libro se compone de una serie de apartes que están como sostenidos por una misma intención filosófica. Vasallo cuenta con un nombre famoso en América. Antes de este libro, la misma editorial dirigida por Francisco Romero había dado a los lectores hispano-americanos una obra cuyo título nos ha hecho recordar a Kant: "Nuevos prolegómenos a la metafísica". Se distingue Vasallo por la originalidad de su estilo, que parece más un producto de su temperamento, y no está sometido por lo tanto a ningún rigor lógico. Al leerlo, tenemos que pensar en Kierkegaard. Al fin y al cabo, a Vasallo le apasionan los temas que apasionaban al pastor danés, y no es rara semejante coincidencia de estilo. No podemos exigirle ni que mida sus expresiones, que las someta a rigor lógico, ni menos que mida los estremecimientos de su sensibilidad.

Vasallo es antes que todo un hombre que siente y antes que ser un hombre que siente es un hombre sincero consigo mismo. Por eso está en capacidad para angustiarse. Nosotros seremos también sinceros si recomendamos la lectura atenta de estas dos obras de Vasallo, por la calidad de sus temas y por la manera como son tratados.

Rafael Carrillo

JORGE MANRIQUE AND THE CULT OF DEATH IN THE CUATROCIENTOS

By Anna Krause. Publications of the University of California at los Angeles in Languages and Literature. —University of California Press, 1937.

La Universidad de California ha auspiciado la publicación de un libro fundamental sobre el "problema literario" en la historia española de la muerte en el siglo XV, de Anna Krause, erudita investigadora de estos tópicos y apasionada de estas décadas como su compatriota Cunningham Graham, celebrado continentalmente por sus cabales semblanzas de Santa Teresa de Jesús y otras figuras del gran resurgimiento hispánico.— Tres partes sustanciales forman el tratado a que nos referimos:

1—Death in the *Coplas de Jorge Manrique*;

2—Evolution of the funeral ode in the early fifteenth century, y

3—A glance at sources.

En cada uno de estos capítulos, de erudición sorprendente, la publicista sajona desarrolla las más conocidas tesis sobre la "copla" española, su transformación y misión en el tiempo, magistralmente comentadas por Cansino y Asens en sus libros de especialización folklórica. La forma literaria —de vago origen—

que caracteriza a las coplas, y su estilo religioso a veces, triste o amoroso, profundamente estoico como los versos de Ovidio, es lo que más detiene la atención de la joven universitaria cuando estudia la Elegía de don Jorge Manrique al comendador don Rodrigo, lloro purísimo que refleja el Estado teológico español del siglo de oro, que por sus líneas góticas y sus redondeces de un exquisito renacimiento le hubiera servido al Cabezón, como tema musical para el libro de sus Diferencias.

Luego diserta, con tino admirable, sobre lo que es la muerte, como tema literario, entre los españoles de la edad clásica. En realidad los españoles hicieron un culto de la muerte, sublimado por el amor a Dios y a sus criaturas. Santa Teresa pedía en sus delirios extáticos la muerte como medio de aproximación; San Juan de la Cruz "padecer o morir"; fray Pedro de los Reyes, San Ignacio de Loyola, fray Bernardino de Laredo y Juan de los Angeles dejaron páginas angustiosas en donde se plantea, como norma, el mismo dilema, que había de acon-

gojar más tarde a Rubén Darío, renuevo de ese tronco magnífico —cuando hablaba de la felicidad del árbol y la piedra que nada sentían y esperaban.

La muerte española en el cuatrocientos no es una blasfemia sobre el hombre y la tierra. Es una liberación, una misión, un estilo imponderable. La literatura profana de esos lustros abunda en datos que apenas empiezan a estudiarse a fondo en las escuelas psicológicas. Don Juan Tenorio, Don Quijote, la Celestina, los vagabundos de Córdoba, los personajes de Calderón y Tirso mueren como viven: ansiando la desintegración como paso inmediato de la *completude* óptica.

El libro de Anna Kreuse tendrá segura acogida entre los que se dedican a la investigación del cuatrocientos, por la serenidad y brillo con que dilucida una materia de suyo ardua y esquiva. En esta Universidad es un valioso aporte para los seminarios de letras españolas clásicas.

Jorge Luis Arango